


Enero de 1987




# CONGRESO FEDERAL

# SUMARIO

# Sobre el movimiento feminista

Este escrito plantea una serie de cuestiones que afectan a las dificultades con las que se enfrenta el movimiento feminista tanto para aumentar considerablemente su influencia entre las mujeres, como para vincular al movimiento —en las más diversas formas posibles— a un conjunto mucho mayor de mujeres del que hoy día están aglutinadas. Dichas dificultades son de diverso orden. Unas tienen que ver con elementos externos al movimiento, con aspectos de la realidad social sobre la que actúa y otras están más directamente ligadas a su propia historia, a las características particulares del movimiento feminista, a su trayectoria, a las singularidades de la opresión patriarcal, etc.

Bastante de lo que se plantea en este escrito ha sido abordado en anteriores ocasiones, algunos elementos son más novedosos y, cuando menos, no estaban recogidos sobre el papel. En cualquier caso creemos que era imprescindible contar con un material como éste para que la discusión en el conjunto del partido pudiera hacerse sobre una base común, unificada.

En el capítulo I se intentan sistematizar algunos de los rasgos de la realidad social más relevantes para la acción feminista. En el capítulo II se resumen los perfiles básicos del movimiento, y en el capítulo III, apoyándose en los datos expuestos en los anteriores capítulos, se recogen una serie de reflexiones sobre las dificultades, de índole muy diversa, que existen

para una relación más directa entre el movimiento feminista y sectores más amplios de mujeres.

El objetivo que pretendemos con este escrito es muy concreto. Nos interesa que el conjunto del partido conozca mejor el movimiento feminista y se implique en una reflexión y discusión colectivas sobre la situación del movimiento y sobre las perspectivas, a la luz de elementos que lo configuran y de las dificultades con las que se enfrenta. Las aportaciones —cada cual desde sus posibilidades— que puedan ir planteándose a lo largo de los meses de preparación de Congreso, pueden ser de utilidad si conseguimos comprometernos, todo el partido, en esta reflexión.

# I. Una rápida ojeada a la realidad social sobre la que actúa el movimiento feminista

• En el Estado español existía una escasa y débil tradición de organizaciones de mujeres. Su particular historia impidió que, en el siglo XIX y principios del XX, cuando en otros países se desarrolló el movimiento sufragista, sucediera aquí lo mismo. Antes de la aparición del movimiento feminista, a mediados de la década de los 70, sólo habían existido durante un muy breve período de la Guerra Civil organizaciones de mujeres relacionadas con la CNT o el PCE. La larga noche del franquismo borra esta breve página de la historia de las mujeres, y es en la década de los 60 cuando comienzan a surgir algunos núcleos de mujeres agrupados básicamente alrededor de la solidaridad con los presos antifranquistas y de la protesta contra la carestía de la vida y la falta de servicios sociales, y, junto a ellos, algunos pequeños núcleos de mujeres más directamente preocupadas por la discriminación y la desigualdad que sufren. No sólo la historia más lejana, sino también la más cercana del régimen franquista (con el violento confinamiento de las mujeres a lo que corresponde a la más rancia esencia «femenina») lleva a convertirlas en seres en bastante medida desprovistos de autonomía y dignidad, en seres subordinados a los hombres y a los que se intentó arrebatar toda posibilidad de autoestima. De esta dura realidad hay que rescatar a un amplio conjunto de mujeres que nutrieron las filas de los partidos y de la lucha antifascista. Estas mujeres, a pesar de que en esos momentos no habían comprendido ni la gravedad, ni la importancia política de su condición de «segundo sexo», desarrollaron una actividad que las llevó a fomentar virtudes como el coraje, la decisión, etc. y también a la apreciación de ser personas con capacidad para luchar contra todo aquello que las arrinconaba en las cuatro paredes de sus casas. Son también los momentos en los que, por el desarrollo económico que se está viviendo, las mujeres empiezan a asistir de forma bastante numerosa a las Universidades e irrumpen en el mundo del trabajo asalariado, con lo que ello significa de autonomía económica frente a los hombres.

• El movimiento feminista nace, en el Estado español, como tal movimiento organizado, en los años 1975-76, momento que sería el cénit y

también el principio del declive de las importantes movilizaciones populares que había protagonizado el movimiento antifascista, con mayor o menor decisión, en los diversos pueblos del Estado español. Ello significó, en concreto, que las mujeres que nutrieron y, en buena medida, siguen nutriendo las filas del movimiento feminista provienen de la lucha antifranquista, de organizaciones de izquierda y, especialmente, de las organizaciones de la izquierda radical. También significa, sin embargo, que el ascenso y posterior desarrollo del mismo movimiento no tiene como escenario un auge de las luchas populares, sino, en gran medida, un desánimo de todos aquellos sectores más radicales —de los que forman parte, sin lugar a dudas, las mujeres que van a ser el germen de este movimiento—, que se ven profundamente desilusionados ante lo que ha sido el desenlace de aquellas importantes movilizaciones. Escenario en el que cada vez van cobrando más peso ideas antipartido motivadas no sólo por la práctica de tal o cual partido en concreto, sino que evidencian y son fruto, al mismo tiempo, de una actitud anti-política general. El movimiento feminista empieza, pues, a actuar con fuerza en un momento en el que el entramado social que era la base de esta lucha popular está en claro declive; en un momento, pues, en el que es difícil la articulación de los diversos movimientos de protesta, y en el que existe escasamente esa base articulada, compuesta por los sectores más activos de la sociedad, sobre los que poder actuar, y, muy en especial, sobre las mujeres que habían sido base también de todas estas organizaciones.

• Otro elemento básico para comprender las mayores o menores dificultades a las que se va a tener que enfrentar el movimiento de liberación de las mujeres lo tenemos en el análisis de la realidad de los partidos de izquierda —y nos estamos refiriendo tanto al PCE como a los partidos revolucionarios—. Habría que destacar un primer hecho: su extensión y su inserción real en la sociedad era relativamente débil. Incluso el PCE, que tenía un carácter claramente hegemónico, muestra, a los pocos años de definida la nueva situación política, su debilidad. Muestra cómo realmente su inserción en la sociedad era bastante limitada. La comparación con su homónimo italiano es harto elocuente de lo que decimos. Por otra parte —y éste es un factor también importante—, el peso que tienen en sus filas las ideas favorables a la causa de la liberación de las mujeres es bastante limitado. Las militantes del PCE sensibles a las nuevas ideas del feminismo son más bien escasas y su presencia activa en el movimiento feminista muy limitada.

Por otra parte, la LCR y el MC intentan una asimilación real y honesta de estas nuevas ideas emancipadoras. Este será un factor positivo para el desarrollo del movimiento feminista aunque, como es bien sabido, nuestra incidencia en la sociedad es muy limitada.

En lo que respecta a Euskadi hay que señalar que una fuerza como HB con una importante implantación popular es una rémora, una dificultad a la que también se tiene que enfrentar el movimiento feminista vasco, por su muy escasa permeabilidad a los contenidos del feminismo y por su actitud escisionista ante los movimientos unitarios.

• El movimiento feminista nace y, sobre todo, se desarrolla en unos momentos en los que el enemigo parece desdibujarse y en los que es más difícil acertar a ver los puntos básicos de unidad que tienen en común los movimientos.

En el caso del movimiento feminista esto adquiere una mayor envergadura por tratarse de un movimiento que objetivamente se ve enfrentado no sólo al sistema social, sino a los hombres que usan y abusan del poder que tienen sobre las mujeres. En gran cantidad de ocasiones las manifestaciones más brutales de esta opresión vienen de la mano de hombres que, en las demás esferas de la vida, son absolutamente desposeídos y no gozan de la más pequeña parcela de poder.

* * *

Estos elementos que acabamos de señalar plantean una serie de problemas al movimiento feminista en el terreno de su extensión, del acercamiento a más mujeres, así como en el de acertar en una práctica política ajustada.

## II. Características del movimiento feminista

• De las filas del movimiento anti-franquista —ya lo hemos señalado más arriba— proceden varios cientos de mujeres que formarán parte del movimiento feminista desde sus comienzos. Estas mujeres cuentan con una experiencia bastante importante de lucha política, con una conciencia de izquierdas y, en muchos, muchísimos casos, de izquierda revolucionaria. Sin embargo, muchas de ellas, como les ocurriría al resto de las feministas, se ven afectadas por esa desmoralización general que se respira en relación con la lucha política al comprobar cómo habían sido traicionados sus anhelos. Y, además, muchísimas veces están crispadas por las actitudes de esos «compañeros de lucha» que con tanta frecuencia caen en el machismo más vulgar y muestran su desprecio, de un modo más o menos sutil, hacia lo que pueda venir de las mujeres.

• Esta desmoralización contrasta, en los primeros años, con el enorme entusiasmo que se despierta al descubrir a las otras mujeres, al tiempo que entre todas se van descubriendo las raíces profundas de la opresión femenina. En el movimiento, las mujeres se descubren y descubren a las demás mujeres como seres valiosos, como seres merecedores de estima, momento éste que resulta imprescindible para la rebelión de todos los grupos o clases oprimidas que, precisamente por serlo, han sido despreciados, calando ese desprecio ajeno hasta el autodesprecio propio.

El movimiento se ideologiza fuertemente desde sus primeros momentos. A ello contribuyen diversos factores: la propia juventud del movimiento, nada comprometido con lo que no sea la defensa de la liberación de las mujeres; el peso que en su interior tienen las mujeres de la izquierda revolucionaria; el entusiasmo que en todas las feministas despierta el des-

cubrimiento de lo que significa ser mujer en esta sociedad fuertemente patriarcal, entusiasmo que les lleva a atreverse «a pedir el cielo», a no quedarse en meras cuestiones reivindicativas inmediatas.

Esta fuerte «ideologización», es decir, el peso grande que en el movimiento y en su actividad pública tiene todo el conjunto de nuevas ideas feministas que exigen una transformación radical de la sociedad para hacer posible la liberación de las mujeres, esta ideologización, decimos, resulta una buena vacuna frente a los diversos intentos posibilistas. Resulta, al mismo tiempo, imprescindible para un movimiento de mujeres que necesita reafirmarse frente a esta sociedad patriarcal que mantiene tozudamente a las mujeres en un papel subordinado; imprescindible, también, para sacar fuerzas y entusiasmo para perseverar en la militancia feminista.

• En un ambiente político general en el que la chispa de la rebelión brilla con muy poca intensidad, en el que —salvo en Euskadi y, en contados momentos, en el resto del Estado— se va dando un descenso progresivo de las luchas populares, el descubrimiento que para el movimiento feminista significó el universo femenino, la autoafirmación de las mujeres, la autoestima, ha ido acompañada, a veces y más en los primeros años, de fuertes deseos de reclusión en lo que el movimiento tiene de mundo de mujeres. Un mundo en el que el peso social del machismo hostil y provocador puede llegar a ignorarse.

Todo ello encerraba también el peligro de olvidarse de la experiencia política acumulada y de encerrarse en una línea purista en la que la lucha política cotidiana y concreta debía situarse en una línea recta no contradictoria en todos y cada uno de los objetivos finales.

Línea unilateral que se concreta también, en bastantes ocasiones, en la misma manera de analizar la opresión de las mujeres, análisis unilaterales que llevan a no comprender y no situar acertadamente la interrelación entre la opresión de las mujeres y el orden social, entre la lucha feminista específica y el conjunto de la lucha política.

• El movimiento feminista en el Estado español ha pasado, a lo largo de sus ya más de diez años de existencia, por una serie de etapas: desde un primer momento de euforia y entusiasmo en el que el gran y vital descubrimiento de lo que significaba la opresión de las mujeres se tradujo en una enorme actividad creadora, favorecido por la situación política que entonces vivía la sociedad, pasando por otros momentos en los que pesaban de modo muy determinante sensaciones de crisis y desorientación —Jornadas de Granada, diciembre de 1979— hasta llegar a otros momentos de recuperación de la estabilidad y el equilibrio. A lo largo de todos estos diferentes períodos, sin embargo, el movimiento feminista se ha ido consolidando y desarrollando. El grueso del movimiento ha mantenido, también, en lo fundamental unas posiciones radicales, tanto en lo que afecta a su análisis sobre la opresión de las mujeres y a la orientación que ha dado a sus diversas luchas y campañas, como a sus posiciones políticas más globales, a pesar de que, en numerosas ocasiones éstas no fueran explícitas.

● En el transcurso de estos años el movimiento ha desarrollado grupos feministas estables en todo el Estado español, ha mantenido una coordinación regular a través de la *Coordinadora de Organizaciones Feministas del Estado español,* gracias a la cual ha sido posible la realización de Jornadas y Encuentros de debate y reflexión de ámbito estatal y la de campañas unificadas a través de las que el movimiento ha logrado también algunas movilizaciones de cierta consideración. Entre los logros del movimiento está, también, el haber conseguido convertir, en bastante medida, problemas referentes a la opresión de las mujeres en problemas políticos, frente a los que los gobiernos y los diversos partidos tenían que tomar posición —la campaña por el derecho al aborto es el ejemplo más claro— y el haber conseguido hacer, cuando menos, tambalear algunas ideas que parecían inmutables sobre el papel de las mujeres en la sociedad y la relación entre los sexos. El cuestionamiento de que ser mujer y ser hombre no era una realidad biológica, sino toda una remodelación cultural que tomaba para ello como pretexto nuestros cuerpos (estamos refiriéndonos, claro está, no a lo que son las diferencias biológicas, sino a los seres culturales que la sociedad ha ido creando a lo largo de los siglos) ha abierto un campo nuevo en la lucha con esta sociedad de opresión y explotación. Se puede decir que el nacimiento y desarrollo de este movimiento feminista hace realidad esa frase de «nada será ya como antes».

● Desde la victoria del PSOE, el movimiento feminista se ha visto enfrentado a una problemática nueva: desde diversas instituciones y muy especialmente desde el Instituto de la Mujer se intenta dar una respuesta reformista —y hasta abusivo resulta calificar así lo poco que hace— a los problemas que tienen las mujeres como resultado de su situación de oprimidas. Estas mismas instituciones han intentado que el movimiento feminista hoy existente se comportara como un factor de presión para que las iniciativas institucionales tuvieran más posibilidades de convertirse en realidad. El movimiento feminista debía, según sus proyectos, convertirse en *su* brazo movilizador dejando de lado no sólo sus reivindicaciones más duras, sino también toda actitud de enfrentamiento con las instituciones y con el sistema social.

Hasta ahora está claro que no han conseguido sus objetivos, pues, si bien han conseguido aquí y allá acercar a sus posiciones a algunas mujeres, e incluso algunos núcleos de ellas, sus resultados han sido en este sentido muy exiguos. El *Instituto de la Mujer* ha aplicado una política de subvenciones que da la prioridad a la creación de grupos afines a sus objetivos y a su línea política. Su desarrollo ha sido lento a causa, sobre todo, de que el PSOE prácticamente no contaba con mujeres feministas. Para el ocho de marzo de este año el PSOE ha anunciado el lanzamiento a nivel estatal de una organización de mujeres denominada *Asociación de Mujeres Progresistas.* La creación de esta organización puede ser un elemento estructurador de todos esos embriones hasta hoy tan poco desarrollados. Por otra parte, es evidente que los intentos del *Instituto de la Mujer* de introducir cuñas en el movimiento feminista tampoco van a remitir.

● Los grupos que se aglutinan en la *Coordinadora de Organizaciones Feministas del Estado español* han sido el motor de la actividad feminista

que se ha desarrollado en todos estos años y son también el grueso del conjunto del movimiento feminista. Son precisamente los grupos con posiciones más posibilistas los que se encuentran al margen de la misma, si bien, incluso, algunos de ellos ocasionalmente se ven obligados a asistir a la Coordinadora en la medida en que es la única instancia de coordinación que existe. Estos grupos, sin embargo, a pesar de sus posiciones reformistas más o menos consolidadas, no estan tampoco bajo la influencia directa del Instituto de la Mujer. El *Foro por una política feminista* de Madrid o la *Secretaría Confederal de la Mujer de CC.OO.* son los más claros exponentes de este tipo de grupo. El *Partido Feminista,* a pesar de que pueda aparecer como algo muy distinto, a causa de algunas de sus posiciones feministas, lleva una marcha imparable, probablemente como ningún otro grupo feminista, de acercamiento y confraternización con el *Instituto de la Mujer.*

A pesar de que esta situación es más difícil y complicada, el movimiento feminista, como hemos señalado, no ha perdido sus aristas radicales y combativas, aunque también, como era de esperar, la situación política actual le lleva a un cierto acomodo, al no ser, por lo general, su actividad ni muy dura ni muy arriesgada. No obstante, es verdad que ha sido uno de los movimientos que más se ha atrevido a emprender actividades abiertamente ilegales.

• Este panorama del movimiento feminista que hemos esbozado posee una serie de características netamente positivas en relación con el que se ha desarrollado en los países que nos son más cercanos geográfica y políticamente. Su estabilidad organizativa y su carácter antisistema —aunque éste último sea a veces contradictorio y, desde luego, no siempre sólido— son dos elementos que lo caracterizan positivamente. Todos los ingredientes que hemos señalado más arriba dan lugar a este movimiento feminista que ha sabido mantenerse contra viento y marea en una situación bastante complicada y marcan también algunas de las deficiencias, de los puntos débiles que tiene para conseguir organizar a más mujeres y, sobre todo, para crear lazos con un número mucho más amplio aún de las mismas.

# III. Algunas reflexiones sobre las dificultades que existen para establecer vínculos entre el movimiento feminista y un amplio conjunto de mujeres

• Como ya hemos indicado, el movimiento feminista ha conseguido, a lo largo de estos años, convertirse en un movimiento bastante sólidamente organizado. La posibilidad de incidencia del movimiento depende, sin embargo, no sólo de esta estabilidad organizativa y del número importante de mujeres que militan regularmente en las organizaciones feministas, sino también de que consiga agrupar a su alrededor a un volumen mucho más amplio de mujeres que se sientan identificadas, aunque sólo sea parcialmente, con él. Es cierto que en momentos determinados ha conseguido mo-

vilizar a decenas de miles de personas, pero también es cierto que el movimiento feminista en el Estado español no ha conseguido de modo estable una identificación con capas importantes de mujeres. Se partía para ello de una realidad social y política que hacía bastante difícil esta tarea; no hay duda de que se han conseguido algunos avances, pero queda aún mucho camino por hacer.

Se partía, como hemos podido ver en las páginas anteriores, de una ausencia casi total de tradición de organizaciones de mujeres, de un papel muy relegado de las mismas en la sociedad, de un PCE muy poco permeable al feminismo, de una débil implantación de los partidos de izquierda —de la izquierda revolucionaria, pero también de la reformista—, de un desarrollo muy limitado de un pensamiento y una cultura de izquierdas... Se partía, pues, de una realidad externa que no facilitaba mucho la labor. Se partía, como también hemos señalado, de un movimiento feminista con características bastante positivas, pero también con sus puntos débiles.

Para tratar de avanzar en el conocimiento de «ese camino que queda por hacer» incluimos ahora algunas reflexiones más con la intención de dar una visión más global de las dificultades que presenta esta tarea.

- El movimiento feminista tiene una serie de características que le convierten en una realidad muy particular en relación con otros movimientos. Su fuerza depende de que sea capaz de despertar las conciencias dormidas y acalladas de tantas mujeres que viven y sufren lo que significa ser mujer en esta sociedad, pero que no se atreven a expresar, ni tan siquiera expresarse a sí mismas, las miserias que padecen y que son fruto también de las relaciones que mantienen con tantos hombres —padres, maridos, amantes, hijos...— que las arrinconan al papel de *sus* subordinadas.

Las dificultades para que las mujeres avancen, para que despierten al feminismo, son de una entidad distinta a la del despertar de otras conciencias. Y esto no sólo porque aquí no haya habido tradición de lucha feminista, sino también porque este despertar de las mujeres se ve obstaculizado por el desprecio, y, a veces oposición, a los que se tiene que enfrentar. Los hombres, revestidos por la autoridad que les otorga su mera condición masculina, por la superioridad que les concede su inserción en el mundo extrafamiliar, por la prepotencia derivada de su situación de poseedores de sueldo, pueden dificultar, y de hecho dificultan, cualquier forma de revuelta. La interiorización de esta minusvalía por parte de las mujeres puede acarrear también que a ellas mismas les sea difícil dar pasos para los que no cuentan con la aprobación externa y que merecen la reprobación social.

- Para las mujeres, llegar a comprender de modo profundo su situación de oprimidas en tanto que género requiere de una introspección, requiere reflexionar sobre lo que han sido sus vidas también en los terrenos más íntimos, más vivenciales. Y esto exige un tiempo y unos caminos propios. No se llega a ser feminista sólo a través de una reflexión política sobre lo que es el sistema social, sino también a través de un cuestionamiento de lo que han sido las diversas opciones que las mujeres han ido tomando en sus vidas, de las contradicciones que han ido surgiendo; de una com-

prensión de hasta qué punto sus vidas han venido marcadas por la idea de «feminidad» que tan arraigada está en las conciencias de mujeres y hombres; de hasta qué punto lo «masculino» y lo «femenino» marcan las posibilidades vitales de las mujeres y los hombres en esta sociedad y subordinan aquéllas a éstos. Comprender esto, comprender cómo los anhelos de libertad y autonomía (nunca suficientemente aplastados como para no emerger a través de algún recoveco) entraban también tantas veces en contradicción con su necesidad de protección y afecto (1), requiere de eso que en el movimiento feminista se ha llamado «autoconciencia». Y verdad es que, de una u otra manera, la autoconciencia ha tenido su cabida en el movimiento feminista de aquí. Pero verdad es, también, que las prisas militantes, la conciencia de que siempre hay que estar desarrollando una actividad hacia afuera —conciencia muy arraigada en las mujeres militantes de partidos políticos, por no hablar de la presión que éstas pueden sufrir en este sentido por parte de sus compañeros de partido— ha hecho también que demasiadas veces se dé poco espacio a esta necesaria reflexión personal y colectiva. Bien sabido es, sin embargo, que sin este cuestionamiento personal, ninguna mujer ha llegado a sentirse real y profundamente implicada en el combate feminista (también para el desarrollo feminista de las militantes del MC la autoconciencia en los grupos feministas y en la Estructura de Mujeres del partido ha sido fundamental). Aunque verdad es también que esta reflexión, este cuestionamiento de sus actitudes y de las de los hombres, puede llevar, precisamente a causa de la misma dureza de esta tarea, a no querer seguir adelante en todo esto que se está empezando a comprender...

Este tiempo de maduración personal entra no sólo en contradicción con lo que puedan ser unos hábitos de militancia política tradicional, sino que entra también en grave contradicción con lo que son necesidades imperiosas de actuación pública del movimiento. El peso a dar a una y otra cuestión, el conseguir un equilibrio entre unas y otras necesidades, es, como se ha podido comprobar, extremadamente complicado. En cualquier caso, la reflexión política sobre estas necesidades que, a veces, llegan a ser contradictorias es algo imprescindible.

• Desde diversos sectores —institucionales y reformistas de tipos varios— se viene afirmando que son las posiciones duras y radicales del movimiento feminista las que dificultan que capas más amplias de mujeres se sientan próximas al mismo. La cuestión, creemos, es harto más complicada. En primer lugar, nos tenemos que plantear la pregunta de qué tipo de movimiento feminista interesa, nos interesa, que exista: ¿un movimiento que se limite a pedir algunos cambios que hagan más llevadera la vida de las mujeres o un movimiento que poniendo en cuestión hasta sus raíces el papel social de las mujeres consiga que ellas, sus sectores más avanzados y conscientes, se conviertan en una fuerza radical y de abierta oposición al sistema capitalista y patriarcal? Desde nuestro punto de vista, la respuesta

(1) Se piensa normalmente en las mujeres como seres especialmente necesitados de cariño, sin comprender que si ello no se manifiesta de la misma manera en los hombres es porque éstos sí son seres que normalmente ven cubiertas estas necesidades por parte de esos otros seres, las mujeres, que han sido educadas, precisamente, para cubrir esas necesidades de las personas.

es obvia. Pero, en segundo lugar, tendríamos que preguntarnos si han sido los contenidos más subversivos de este movimiento feminista los que han dificultado su relación con sectores más amplios de mujeres. Tendríamos que preguntarnos si en un momento político como el actual, no caracterizado ni por el empuje revolucionario, ni por el entusiasmo por la organización y la lucha, la vía no es precisamente la de remover hasta tal punto las conciencias de las mujeres para que de ahí puedan sacar el entusiasmo y el coraje para la movilización y para la organización. La realidad nos demuestra que no han sido los grupos con posiciones más posibilistas los que han conseguido organizar a más mujeres ni tan siquiera conseguir esa mayor identificación con ellas. Es obvio que, si el movimiento se limitara, como lo hace por ejemplo el *Instituto de la Mujer* a plantear que las mujeres tienen que tener los mismos derechos que los hombres o que, por ejemplo, los anticonceptivos son algo lícito, todas las mujeres estarían prácticamente de acuerdo, ¿pero significaría esto que un mayor número de mujeres se organizara o tan siquiera se movilizara?, ¿significaría eso que iba a sintonizar mejor con mujeres que tienen posiciones radicales en otros campos?

- Un elemento que, sin embargo, sí separa a las feministas de amplios sectores de mujeres, incluso de aquéllas que se aglutinan en torno a otros movimientos, es el modo en que las mujeres feministas viven el papel de los hombres en esta sociedad y su conciencia del carácter opresor de los mismos. Creemos que en el hecho de ver al movimiento feminista como algo enfrentado a los hombres está la clave del rechazo que suscita el feminismo también entre muchas mujeres; que aquí sí hay una clave para entender formulaciones del tipo «las feministas se pasan». En ello se entremezclan diversos problemas, por una parte, bastantes mujeres —por las particulares relaciones que tienen con los hombres— ofrecen resistencias a aceptar que estamos ante unas relaciones de dominación. Por otra parte, su conciencia refleja también, a veces unilateralmente, la realidad de lo que tienen en común con los hombres con los que se relacionan; esto es así, sobre todo, en mujeres con conciencia de izquierdas.

Las tendencias que, con mayor o menor fuerza, existen en el movimiento feminista a considerar a los hombres y a su poder machista como los únicos enemigos y a no ver la profundísima relación que existe entre la opresión patriarcal y el sistema social en su conjunto plantean una grave dificultad para una mejor sintonización con las mujeres, también con las más avanzadas en otros terrenos políticos. Sin embargo, sería absolutamente erróneo, no correspondería a la realidad, considerar que estas unilateralidades presentes en el movimiento feminista han sido la causa básica de los problemas que abordamos. Es más, aquellas organizaciones feministas que están menos afectadas por estos puntos de vista unilaterales encuentran también serias dificultades para avanzar en esta dirección.

¿Cómo lograr que cada vez más mujeres vayan comprendiendo las múltiples contradicciones que les enfrentan *también* a los hombres?, ¿cuál es el camino que hay que recorrer para avanzar en esta dirección? y, por otra parte, ¿cómo conseguir un movimiento feminista capaz de situar siempre correctamente a los diversos enemigos a los que tiene que hacer frente? La situación política actual y la débil situación de las luchas populares no

ofrecen el mejor marco para ello. Y, por otro lado, esa radicalización frente a lo que es la prepotencia masculina es un ingrediente *hoy* indispensable para el movimiento feminista, es un ingrediente básico de su fortaleza interna...

• Señalábamos ya antes que la realidad organizativa —partidos, sindicatos, asociaciones, movimientos— es, en el Estado español, y también en relación a momentos anteriores, relativamente escasa y que esto supone una dificultad en el quehacer del movimiento feminista. La realidad organizativa sobre la que el movimiento puede, pues, incidir no es muy extensa, pero ello no significa en absoluto que no sea un campo de trabajo necesario. En estas organizaciones se encuentran las mujeres y los hombres más avanzados, con mayor conciencia política. Frente a la considerable despolitización de esta sociedad resulta, si cabe, aún más necesaria una incidencia fuerte y directa sobre estos sectores más politizados. El movimiento feminista ha ido llevando a cabo esta tarea. Las dificultades para un trabajo así, sin embargo, son grandes. La realidad de estas organizaciones es, a todos los niveles, muy masculina, tanto en el terreno de su composición como de su ideología y actuación política. Queremos destacar que en la LCR y en el MC se han conseguido transformaciones significativas en este terreno (2). Por otra parte, con ambos partidos el movimiento mantiene una relación bastante estrecha a través de las militantes de ambas organizaciones que trabajan en el mismo. Los diversos PP.CC. tienen unas relaciones muy limitadas con el movimiento feminista (3); apenas hay militantes suyas en las organizaciones feministas y, como era de esperar a la luz de lo que ha sido su historia y su realidad actual, los contenidos feministas, aún dentro de concepciones reformistas, son sumamente débiles (4). Todo ello, conviene recordarlo, facilita la existencia de un movimiento feminista bastante radical y antisistema, pero también dificulta una mayor presencia social del mismo.

Por otra parte, la relación que como regla general se mantiene con esta realidad organizada suele limitarse todavía hoy día a unos encuentros bastante formales y en momentos concretos para conseguir apoyo a las diversas campañas que el movimiento feminista ha desarrollado. Contactos que, además, suelen estar, por lo general, presididos por una considerable desconfianza mutua.

Ciertamente es necesario que el movimiento feminista siga manteniendo esa política de alianzas con partidos, sindicatos y demás organizaciones y movimientos sociales. Aunque sean alianzas coyunturales, ante tal o cual posible campaña del movimiento feminista, o ante las campañas de aqué-

---

(2) Como tantas veces hemos señalado, para el MC la existencia de la *Estructura autónoma de mujeres* ha sido un elemento decisivo para estas transformaciones.

(3) En la actualidad, por parte de mujeres de IU se están dando pasos para la creación de nuevas organizaciones feministas. Hasta el presente los resultados son muy escasos.

(4) También en los últimos meses, IU está intentando «colocarse» mejor en la lucha por el derecho al aborto. Ello —al margen de la voluntad de algunas mujeres de IU— no responde a un intento de ser más consecuentes en la defensa de los derechos de las mujeres, sino, como está también haciendo en relación a otros movimientos, al de apropiarse con claros fines electorales de aquellos asuntos que, gracias a la acción de los movimientos, hoy se le presentan como «rentables».

llos que el movimiento vea conveniente apoyar. Pero no es suficiente para incidir con las ideas feministas en esas organizaciones y en los sectores en los que tienen influencia. Para ello son precisas otras vías de trabajo en las que ya hay alguna experiencia positiva.

Una de ellas —y que afecta de modo particular a los militantes del partido— es la necesaria y permanente labor antipatriarcal que todo revolucionario debe desarrollar en las organizaciones sindicales, sociales, etc. en las que milite. Los esfuerzos que se hacen con esta orientación resultan, todavía, insuficientes. Basta para ello analizar la actividad sindical de estos últimos años —dentro y fuera de CC.OO.—, o la de movimientos como el pacifista.

Otra vía que se ha mostrado como positiva es la de desarrollar un trabajo feminista específicamente sustentado por mujeres que militan o están afiliadas a esas organizaciones y movimientos. El desarrollo de grupos de mujeres en su interior es su expresión máxima, aunque no la única de las posibles. Con todo, este tipo de trabajo feminista ha tenido hasta ahora un desarrollo bastante escaso, siendo quizás lo más destacable la labor realizada en el interior de CC.OO. a través de las *Secretarías de la Mujer*. A pesar de los vaivenes que ha habido a lo largo de los últimos años, incluso en este caso, salvo algunas notables excepciones, lo conseguido ha sido limitado, fundamentalmente a causa de la oposición que tal trabajo ha encontrado en los organismos de dirección sindical reformistas. Oposición que evidencia tanto el recelo que les suscita un movimiento feminista como éste —alejado de sus posiciones políticas— como el recelo de los hombres que controlan el aparato sindical frente al feminismo en general. Por otra parte, no hay duda de que para mantener un trabajo feminista dentro de la actividad sindical es necesario contar con un número bastante grande de sindicalistas feministas muy activas, requisito que no es fácil de cumplir.

En suma, las dificultades para conseguir éxitos en esta mayor incidencia del movimiento feminista en la realidad organizada de izquierdas y en los sectores bajo su influencia son bastante grandes. Y a ello hay que sumar, además, que el movimiento feminista, por ser precisamente un movimiento joven, necesita autoafirmarse como tal movimiento y llevar adelante una actividad política muy independiente y basada en sus propias fuerzas. Esta línea de actuación ha conseguido ya algunos logros. Su consolidación como movimiento autónomo y su conciencia de ser él quien defiende los intereses de las mujeres ha hecho posible, por ejemplo, que sea el propio movimiento feminista quien marque los contenidos de las diversas campañas que ha realizado con el apoyo de partidos y organizaciones sindicales y sociales. Precisamente en los sitios en los que las organizaciones feministas son más débiles es donde, todavía hoy, hay problemas para que se admita que lleven la voz cantante.

- Otro campo de reflexión es el relativo al tipo de reivindicaciones, exigencias, etc. que son objeto de la actividad más pública, de las campañas, que hace el movimiento feminista. No hay duda de que todas ellas no tienen el mismo alcance, ni desde el punto de vista del entusiasmo que suscitan unas y otras en las propias filas del movimiento (elemento éste fundamental por las repercusiones que tiene en la vida del mismo), ni del nú-

mero de mujeres a las que se puede llegar con tal o cual reivindicación para que se sumen a su defensa y se acerquen, por tanto, al movimiento feminista, ni de la aceptación o el rechazo que, según cuáles sean, pueden despertar entre importantes sectores organizados. Y no digamos ya de la acogida o del silencio que pueden suscitar en los medios de comunicación.

Lo que está fuera de toda duda es la importancia que la cuestión de los objetivos de lucha inmediatos —esas reivindicaciones que dan lugar a la actividad externa, a las campañas de cada grupo feminista y del movimiento en su conjunto— tiene para que el movimiento no sólo se mantenga vivo, sino para todo un conjunto de cuestiones, entre ellas la de que aumente su influencia entre cada vez más amplios sectores de mujeres. En el caso particular del movimiento feminista del Estado español, hay que recordar la importancia que la campaña por el derecho al aborto ha tenido en la consolidación del movimiento, en el aumento de su madurez política, en la consideración social lograda ante otros movimientos y fuerzas políticas, sociales y sindicales y en el acercamiento al feminismo, en el aumento de las simpatías hacia él de un número importante de mujeres.

No obstante, no es tarea fácil acertar con aquél o aquellos blancos precisos en torno a los que impulsar las luchas parciales, las campañas feministas. Y no lo es por diversas razones. Nos limitaremos a apuntar aquéllas que están más directamente relacionadas con estas reflexiones.

Traducir en objetivos de lucha, en reivindicaciones movilizadoras todo aquello que constituye fuente de miseria, de insatisfacción, de sufrimientos, de opresión, en suma, de las mujeres en tanto que género subordinado no ha estado presente en la tradición de izquierdas. Hasta la irrupción social del nuevo feminismo, el llamado «mundo de lo privado» no pertenecía a la esfera de «lo político», de aquello que sí era objeto de luchas parciales, de reivindicaciones movilizadoras. La inmensa mayoría de las mujeres, aunque padezcan la opresión patriarcal a lo largo de toda su vida, aunque algunas sean, incluso, más o menos conscientes de la prepotencia, de la dominación masculina, no piensan que sus miserias, sus sufrimientos más íntimos puedan formar parte de la lucha política. Incluso entre sectores más reducidos de mujeres, sectores más politizados, es difícil constatar que forma parte de sus preocupaciones el transformar en actividad política aquellas manifestaciones de la opresión patriarcal que sufren las mujeres, que sufren ellas mismas.

El aprendizaje que, en este terreno, está haciendo el movimiento feminista es un aprendizaje lleno de dificultades por lo que tiene de nuevo traducir en actividad política lo que hasta hace muy poco no formaba parte del quehacer político.

Por otra parte, para avanzar en el sentido de fijar los blancos de actuación pública es preciso que en las organizaciones feministas vaya ganando más terreno la preocupación por aumentar la incidencia social del movimiento, por conseguir, especialmente, aumentar el número de mujeres que simpaticen con él, que se acerquen al mismo. Esta preocupación debe saber combinarse con la de lograr que con cada campaña se fortalezca la

propia organización y crezca el entusiasmo militante, cuestiones, ambas, no fáciles de combinar siempre.

El movimiento feminista cuenta ya en su haber con una cierta experiencia como para hacer de estas cuestiones objeto de sus reflexiones políticas. Reconocer las limitaciones objetivas que algunas de las exigencias feministas tienen hoy en la actual situación social para llegar a un mayor número de mujeres puede ser otra de las reflexiones.

En esta misma línea puede ser también necesaria una mayor reflexión sobre los métodos de trabajo utilizados por las organizaciones feministas para dar publicidad, especialmente entre las mujeres, a las reivindicaciones que plantea el movimiento. Ello lleva consigo la necesaria adecuación de las formas y los lugares en los que se difunden los blancos elegidos. Y la recogida posterior de cómo han sido éstas recibidas, de los aciertos y de los errores que se hayan podido cometer.

# Acerca del movimiento sindical

El IV Congreso Federal del MC se hizo eco de la pérdida de dinamismo y de combatividad sufrida por el movimiento sindical desde el inicio de la reforma política y de su situación de baja actividad.

Al mismo tiempo, constató fenómenos de rebeldía en sectores de la clase obrera ocupada, particularmente agredidos por la política capitalista ante la crisis, así como la existencia de sectores avanzados contrarios a plegarse a la política reformista, lo que proporcionaba puntos de apoyo para la práctica de una acción sindical combativa.

Desde entonces ha habido un aumento en la actividad del movimiento sindical. En determinados períodos se han incrementado las luchas y algunas de ellas se han desarrollado con considerable combatividad. En particular han destacado las movilizaciones contra la reconversión industrial en algunos sectores, como el de la construcción naval y el siderúrgico, así como la Huelga General de junio de 1985. Junto a ellas han persistido las movilizaciones jornaleras.

Esta parcial reactivación del movimiento sindical ha sido producto de causas diversas. De un lado, tiene que ver con la desilusión generada en amplios sectores de la clase obrera por la política socioeconómica del gobierno del PSOE y con la generalización de una actitud de oposición a ella. De otro lado, con las divisiones que se han dado en el PCE, las cuales han empujado a CC.OO. a una posición distanciada de la participación activa en los pactos sociales y más favorables a la potenciación de la acción sindical. Finalmente, por más que no haya sido el factor decisivo, la perseve-

rancia de la izquierda sindical en actitudes combativas y enfrentadas a la claudicación reformista ha contribuido muy positivamente a esa reactivación.

Todo ello ha repercutido en una parcial modificación del marco general, de rasgos dominantemente negativos, descritos en el anterior Congreso. Tal modificación, sin embargo, no lo altera sustancialmente.

El movimiento sindical, efectivamente, sigue en una situación de baja actividad y afectado por serios problemas que obstaculizan un incremento notable del dinamismo y el nivel de lucha. Tomado en su conjunto, ha perdido capacidad de enfrentamiento al orden de cosas existente. Esta es una consecuencia de la política practicada por las fuerzas mayoritarias de la izquierda en la transición política y en los años posteriores, así como de la inclinación de los sindicatos a la práctica del pacto social y su supeditación a la política capitalista ante la crisis. Ello se ha traducido en la desarticulación de buena parte de la vanguardia combativa formada en la última época del franquismo, en el crecimiento de las actitudes moderadas en amplios sectores de las masas trabajadoras y en la acentuación de las contradicciones dentro de ellas.

Tales fenómenos negativos se ven acentuados por el considerable envejecimiento del sector de la clase obrera efectivamente ocupado, derivado de la eliminación de puestos de trabajo y del muy bajo nivel de acceso de las generaciones jóvenes al empleo asalariado.

En el mismo sentido opera el alto grado de inseguridad en el trabajo, la existencia de un ejército de reserva de amplias dimensiones y la formación —en proporciones crecientes— de un mercado de trabajo dual, el de quienes cuentan con un trabajo más o menos fijo y el de quienes sólo disponen de un trabajo precario, eventual o a tiempo parcial, cuando no se hallan dentro de la llamada **economía sumergida.**

Por último —aunque no en orden de importancia—, el gran predominio de unos sindicatos reformistas plenamente subordinados al régimen político existente y, en el mejor de los casos, con una muy limitada voluntad y capacidad de promover la lucha contra los intereses capitalistas, contribuye poderosamente al agravamiento de estos problemas.

Con todo ello, el trabajo revolucionario en el movimiento sindical seguirá encontrando unas condiciones bastante desfavorables y tendrá serias dificultades para impulsar una acción sindical combativa.

La persistencia de una política socioeconómica muy agresiva para las clases trabajadoras, el continuo deterioro de sus condiciones de vida y laborales y el mantenimiento de un gran volumen de la población en paro, seguirán alimentando, sin embargo, brotes de rebeldía y de resistencia. En ello —así como en el mantenimiento de sectores minoritarios enfrentados a la política reformista— deberá apoyarse el trabajo revolucionario para alimentar y potenciar movimientos de lucha.

Al considerar las perspectivas del movimiento sindical resulta imprescindible tomar en consideración el problema representado por los sindicatos reformistas dominantes en él.

Desde el inicio de la reforma política, los sindicatos reformistas se han ido acercando cada vez más a las pautas imperantes en los países de capitalismo avanzado, han desarrollado unos rasgos opuestos a un sindicalismo dinámico y vivo, orientado al combate contra la explotación capitalista y el Estado burgués. Si bien este proceso resulta especialmente acusado en el caso de UGT, es común a CC.OO. y otros sindicatos.

Uno de esos rasgos negativos viene dado por su importante grado de colaboración con la Administración estatal, a través de una compleja red de organismos paritarios o tripartitos —con presencia de las organizaciones empresariales— existentes en todos los niveles de la pirámide administrativa, y que se acrecienta con la práctica de los pactos sociales. En el caso de la UGT, su vinculación con el partido socialdemócrata gobernante refuerza dicha colaboración.

La práctica reivindicativa de esos sindicatos, por otra parte, se desenvuelve cada vez más mediante diversos mecanismos de regulación del conflicto aceptados por ellos. Tales mecanismos tienden a hacer del conflicto la excepción, mientras la norma viene a ser la negociación y el acuerdo entre las partes. Al mismo tiempo, la actividad de los sindicatos se orienta crecientemente hacia la labor asistencial a sus bases afiliadas.

Asimismo, los sindicatos se consolidan como estructuras masculinas. Los viejos resabios machistas los hacen particularmente poco sensibles a la presión feminista; las mujeres encuentran pocas posibilidades dentro de ellos para ejercer responsabilidades y dar cauce a su problemática específica. En no pocas ocasiones, los sindicatos fomentan la pasividad ante las particulares agresiones que sufren las mujeres trabajadoras, cuando no se convierten en cómplices más o menos activos de las mismas.

Otro rasgo negativo radica en la hipertrofia organizativa de esos sindicatos. Estos se convierten en estructuras muy complejas y cuentan con un gran volumen de funcionarios que viven del sueldo del sindicato o, en algunos casos, de la Administración y están apartados del proceso productivo. En sus niveles superiores se forma una burocracia que genera unos intereses propios, diferenciados de los de la base afiliada y, en buena medida, ligados a la armonía de sus relaciones con los empresarios y con el Estado.

Sus jerarquías, por otra parte, manifiestan una preocupación permanente por evitar las luchas espontáneas, las **huelgas salvajes** y otras formas de radicalidad de las bases obreras. No en vano de su capacidad para controlar tales fenómenos depende que la patronal y el Estado les sigan considerando como sus interlocutores más genuinos y, con ello, conserven los privilegios asociados a tal hecho.

Dichas jerarquías, asimismo, tienen un sustancial interés en la estabilidad del sistema capitalista, en cuya buena salud ven a menudo condiciones

más favorables para el desarrollo de los sindicatos y, en consecuencia, para su particular **poder sindical.** La conciencia de subordinación a los intereses del sistema capitalista se propaga por la estructura sindical y afecta también a una buena parte de la base afiliada. El horizonte político común a esos sindicatos no sobrepasa, en el mejor de los casos, la realización de reformas limitadas en el marco del Estado burgués.

El aumento de la combatividad del movimiento sindical está seriamente condicionado por la suma de estos rasgos que han desarrollado los sindicatos dominantes en él, aún a pesar de que éstos se enfrenten parcialmente al Estado o promuevan luchas obreras de cierta envergadura, lo cual es particularmente cierto en el caso de CC.OO. Tal como se vienen configurando, esos sindicatos no son instrumentos apropiados para impulsar el enfrentamiento de la clase obrera contra la dominación capitalista. Si el movimiento sindical consigue ganar energías combativas y afirmar una perspectiva de lucha anticapitalista, eso implicará unas relaciones conflictivas entre lo mejor de él y esos aparatos sindicales que se han ido configurando.

En lo que nos afecta más directamente, y en lo que afecta de manera general a los sectores de la izquierda sindical, consideramos que la actividad en favor de un sindicalismo más rico y vivo debe integrar la lucha ideológica y política contra esa suma de rasgos negativos y contra el sistema de relaciones laborales que busca la institucionalización de la lucha sindical por vías poco conflictivas.

Por lo demás, nuestra acción en el movimiento sindical ha de ajustarse a las orientaciones generales que se vienen aplicando en los últimos años y que conservan plena vigencia. Esto es:

- Buscar muy especialmente la agrupación de los sectores más activos. Tal empeño deberá guiar necesariamente tanto el trabajo dentro de CC.OO. como el realizado en la UCSTE, el SOC, la CSI, la INTG u otros sindicatos, así como en las agrupaciones sindicales de izquierda menos estructuradas. La distribución concreta de efectivos en cada momento y en cada lugar deberá tener muy en cuenta la evolución de las posibilidades de trabajo tanto dentro de CC.OO. —las cuales han ido a más en los últimos años— como fuera de ellas, y ajustarla con flexibilidad según requieran las circunstancias.

- Concentrar los mejores esfuerzos en el trabajo de base, esforzándonos por potenciar disponibilidades de lucha en las empresas y reforzando en la gente más avanzada el espíritu de unidad con los sectores más amplios.

- Persistir en la consecución de formas de unidad amplias y diversas. En primer lugar con la gente de izquierda dispuesta a organizarse para la acción; de igual manera, con los sindicatos de izquierda —LAB, INTG, SOC andaluz—, así como con las corrientes de izquierda que se den en CC.OO.

- Mantener la política en favor de una línea de resistencia obrera frente a la ofensiva capitalista y las medidas gubernamentales, que incorpore

la denuncia de la crisis como producto del funcionamiento capitalista, el desenmascaramiento de la salida capitalista a la crisis y la oposición a la política colaboracionista del reformismo.

• Desarrollar esfuerzos en favor de una mayor presión feminista en el movimiento sindical. Pese a que últimamente se han dado algunos fenómenos positivos, queda aún mucho por lograr y nos corresponde una responsabilidad particular para conseguir mayores avances.

La pérdida de dinamismo experimentada por el movimiento sindical a lo largo de la última década ha acarreado algunos problemas que se suman a los ya tratados.

De una manera general, esa evolución ha supuesto un fuerte debilitamiento del movimiento sindical en cuanto generador de energías y actitudes sociales enfrentadas a la dominación capitalista y al Estado burgués. De una manera más particular, ha supuesto una reducción de las posibilidades de acumular fuerzas revolucionarias a partir del trabajo en el movimiento sindical.

Todo ello ha dado pie a la extensión de ideas que descalifican a la clase obrera como fuerza capaz de protagonizar la lucha por la transformación revolucionaria de la sociedad. Y, asimismo, de ideas que, tratando de combatir a las otras, defienden el trabajo en el movimiento sindical apoyándose en concepciones doctrinarias e idealizadoras del mismo. Unas ideas y otras tienen algo en común.

En primer lugar, una visión de la clase obrera que reduce ésta a su parte incorporada al trabajo asalariado.

En segundo lugar, una consideración del movimiento obrero según la cual el movimiento sindical es la expresión genuina y poco menos que única de la acción de la clase obrera. El estado de la misma se mide únicamente, en esta consideración, por el rasero de la situación del movimiento sindical.

Tales formas de ver tienen un punto de apoyo histórico muy sólido. Efectivamente, son las ideas dominantes tanto en la tradición de la II como en la de la III Internacional.

Estas concepciones no tienen debidamente en cuenta que la clase obrera es más —y tanto más en una situación como la actual en la que una parte muy elevada de la población ve imposibilitado el acceso a un puesto de trabajo remunerado— que la parte asalariada de la misma.

Por otro lado, el movimiento sindical no es sino una expresión entre otras de la acción de la clase obrera, o de sectores de ella. Esto es así tanto en lo que respecta al presente como a la historia anterior. Efectivamente, movimientos contra la guerra, antimilitaristas, de emancipación nacional, feministas, anticolonialistas... tienen un apoyo fundamental en sectores de la clase obrera y no pueden dejar de ser considerados, aunque no exclusivamente, como expresiones del movimiento obrero. El movimiento

sindical constituye sin duda una manifestación importante de la acción obrera y, por otra parte, su **estado de salud,** su mayor o menor dinamismo, es un indicador sumamente interesante de la situación de la clase obrera; pero *ni es la única expresión de la acción obrera ni tampoco su evolución representa la medida fiel de la situación de la clase obrera.*

Por nuestra parte, entendemos que el trabajo dirigido a la clase obrera, a la gente que la compone, tiene una importancia trascendental para el quehacer revolucionario; a ello dirigimos una parte sustancial de nuestros esfuerzos. Consideramos, al mismo tiempo, que ese trabajo pasa por la dedicación de esfuerzos a diferentes movimientos sociales en los que participan sectores más o menos amplios de la clase obrera. La importancia concreta y relativa —esto es, en relación a los otros— de cada uno de ellos no puede establecerse en función de criterios abstractos o dogmáticos, sino atendiendo a su dinamismo real, a su capacidad de generar luchas y energías revolucionarias y enfrentamientos al sistema establecido, así como a otros factores igualmente significativos, como el volumen de la gente implicada en ellos.

Dentro de esto, la consagración de esfuerzos al movimiento sindical constituye una necesidad permanente, aunque su estado, incluso por períodos de tiempo dilatados, no sea precisamente favorable para el avance de las posiciones revolucionarias. El movimiento sindical, en efecto, implica a sectores muy amplios de la clase obrera ocupada; tiene, por otra parte, un carácter estable a lo largo de la historia del movimiento obrero; para mucha gente constituye el único movimiento en el que participa o del que se siente parte de un modo u otro y, finalmente, representa un punto de referencia de primera importancia de la acción en los centros de trabajo y también fuera de ellos. Todas estas razones avalan, por encima de las mayores o menores dificultades que se den en determinados períodos, la importancia que para la actividad revolucionaria tiene el trabajo en el movimiento sindical.

# Sobre el movimiento pacifista

# Observación previa

Como comprobaréis, la ponencia tiene en algunas de sus partes un carácter coyuntural. Las reflexiones que se llevan a cabo en ella están a menudo determinadas por referencias a condiciones que pueden evolucionar en poco tiempo; se hacen, asimismo, previsiones sobre tendencias que se vislumbran hoy y bien puede suceder que en pocos meses tengamos una respuesta a estas hipótesis.

La hemos concebido, en consecuencia, como una ponencia abierta, susceptible de ser enriquecida no sólo por las correcciones que se puedan introducir sino también por las conclusiones que se deduzcan de la experiencia del movimiento durante el tiempo que transcurra hasta el Congreso Federal.

El movimiento por la paz ha adquirido una gran amplitud en sólo seis años. Su desarrollo presenta características muy peculiares en relación con otros movimientos: De las tres dimensiones a través de las cuales podemos representar el movimiento —un sector organizado, la gente que participa en las movilizaciones, y las personas que simpatizan con sus objetivos—, las dos últimas han experimentado un notable desarrollo con respecto a la primera.

En estos años se han creado numerosos colectivos pacifistas y estructuras organizadas que han ido coordinándolos. Estos colectivos han hecho su aparición no solamente en los lugares donde existe un nivel de actividad política apreciable sino en lugares donde la tensión política ha sido tradicionalmente muy baja. Sin embargo, la desproporción entre la capacidad que ha mostrado el movimiento para organizar establemente a la gente y su poder movilizador ha sido notable.

La influencia entre los tres niveles ha sido recíproca. El sector organizado ha jugado el papel de principal propagador de los objetivos pacifistas; ha sabido mantener la sensibilidad de sectores muy amplios de la población en torno a estos objetivos; y las movilizaciones impulsadas por él han tenido un efecto fundamental a la hora de dar a conocer tanto los motivos de la lucha del movimiento como la propia existencia de éste como *movimiento organizado*. Al mismo tiempo, la respuesta positiva de amplios sectores de masas a las convocatorias del movimiento han sido un constante estímulo para quienes trabajan en los colectivos pacifistas y ha propiciado que todas las fuerzas políticas de izquierda dedicaran, cuando menos, una especial atención a la lucha contra la OTAN.

## Causas del auge del movimiento pacifista

Es conveniente partir de estas características del movimiento si se ha de reflexionar tanto sobre los factores que explican su rápido crecimiento como sobre las expectativas que se presentan tras la batalla del referéndum. Así, entre estos factores habrá que tener muy en cuenta aquéllos que han hecho posible que los llamamientos del movimiento por la paz encontraran una gran receptividad en tan amplios sectores sociales.

Entre ellos hay que anotar:

• *La conciencia del peligro de guerra.* En 1984, la población del Estado español estaba en los puestos de cabeza, entre los países europeos, en su inquietud por la amenaza de una guerra mundial y en su temor a las armas nucleares. A mediados de 1983, un sondeo de opinión suministraba el dato de que un 40 por 100 creía seguro o probable el estallido de una guerra mundial y que ésta sería comenzada por los EE.UU.

• *La misma invocación de «lucha por la paz» encuentra una acogida muy favorable en la opinión pública.* El PSOE, incluso, se benefició de esta situación cuando logró asociar a su imagen la preocupación por la paz en los momentos en los que declaraba su oposición al ingreso en la OTAN.

«La lucha por la paz» aparece como un ideal que fuerza a mucha gente a contraer un compromiso con ella por insignificante que sea éste. También es cierto que una concepción abstracta de esta lucha podía haber sido el caldo de cultivo para su manipulación. Han existido intentos en este sentido, que más tarde examinaremos, pero las circunstancias políticas no han favorecido la difusión de interpretaciones de la acción en favor de la paz que desviaran ésta hacia un pacifismo abstracto o compatible con la política del Gobierno.

• *La tradición neutralista.* Si bien es cierto que el Estado español distaba mucho de poseer un status de neutralidad debido a su vinculación con los EE.UU. mediante el Tratado bilateral, el alejamiento de la OTAN reforzaba los sentimientos favorables a la neutralidad y a la conveniencia de no involucrarnos en la confrontación entre los dos bloques.

• *El apreciable influjo que ejercieron las movilizaciones de las poblaciones europeas contra la denominada «doble decisión».* Este acuerdo implicaba el despliegue de los misiles de crucero y Pershing-2 en cinco países europeos y la continuidad de las conversaciones de Ginebra. Sin embargo pronto se cerraron todas las expectativas en torno a éstas ante la resolución que tomó la Unión Soviética de no asistir a nuevas conversaciones mientras no se cancelase la decisión sobre el despliegue de los euromisiles. La reacción europea ante la amenaza a su seguridad que creaba la instalación de los misiles contribuyó a que en el Estado español se despertara también la preocupación por las consecuencias de una posible confrontación entre los dos bloques en la que mediaran armas nucleares.

• *La tradicional aversión hacia la política exterior norteamericana* que tiene hondas raíces en la población del Estado español.

• *El malestar originado por la decisión del Gobierno de Calvo Sotelo de ingresar en la OTAN,* que fue percibida principalmente como una aproximación al escenario de un posible conflicto bélico y el establecimiento de una doble dependencia con respecto a EE.UU., y las esperanzas que suscitó la promesa de un referéndum que se presentaba ante los ojos de muchos como una oportunidad para salir de la OTAN.

¿En qué medida han ido modificándose estos factores?

• *El peligro de guerra y la amenaza nuclear siguen siendo tan reales como antes,* aunque la conciencia sobre ellos se haya visto atenuada por las ilusiones que se han venido alimentando durante los últimos meses acerca de las conversaciones de desarme entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

• *El Gobierno del PSOE va a encontrar grandes dificultades para aparecer como parte representativa de la lucha por la paz,* en la medida en que ésta siga teniendo algunas de las connotaciones políticas que poseía hasta ahora, por ejemplo, que se continúe identificando la lucha por la paz con la lucha por la neutralidad.

• *El movimiento pacifista europeo ha declinado.* El rechazo del des-

pliegue de los euromisiles jugó un papel importante como unificador y factor de extensión del movimiento, pero también acaparó la casi exclusiva atención de éste mientras los otros objetivos de lucha quedaron eclipsados. Al mismo tiempo, y demasiado frecuentemente, se asociaba el porvenir del movimiento al desenlace de la batalla de los euromisiles, hasta tal punto que el no haber impedido su despliegue ha sido asumido como una gran derrota para el movimiento. Por otra parte, sus reivindicaciones centrales han sido incorporadas a los programas electorales de los principales partidos de la oposición (tanto el Partido Laborista británico como el Partido Socialdemócrata alemán exigen hoy el desmantelamiento de los misiles norteamericanos de alcance medio instalados en sus países).

La desmoralización por el desenlace de la «batalla de los euromisiles» y este último hecho, han contribuido probablemente al decaimiento del movimiento y a que éste considerara menos importante seguir ocupando la calle.

• *La Administración Reagan no ha moderado su agresividad.* No parece dispuesta a fomentar ilusiones en este sentido. Una intervención más directa en Centroamérica podría provocar una fuerte reacción mundial que tendría repercusiones también en el Estado español. Su creciente actividad militar en el Mediterráneo y su ataque a Libia ha suscitado una gran preocupación sobre los riesgos que conlleva el mantenimiento de compromisos militares con EE.UU. La inestabilidad del Mediterráneo se está convirtiendo en un factor de sensibilización acerca de los peligros que encerraría un conflicto bélico más generalizado, si bien no hay que perder de vista también los esfuerzos que están realizando los gobiernos de la OTAN y en especial el de los Estados Unidos por reducir la conflictividad generada en este área a un problema de «terrorismo» y acción «antiterrorista». De ahí la necesidad del movimiento por la paz de esclarecer esta situación y de denunciar la retórica «antiterrorista».

• *La batalla del referéndum engendró en amplios sectores la esperanza de que podía transformarse en la derrota de la política atlantista del Gobierno.* No fue así y no cabe duda de que su resultado afectará a la moral de mucha gente y, al mismo tiempo, se propagará el escepticismo sobre la capacidad del movimiento para forzar una inflexión en la política militarista del Gobierno o para lograr conquistas a corto plazo.

Sin embargo, es dudoso que la gente acoja con resignación las consecuencias que van a derivarse de nuestra presencia en la OTAN (crecimiento de los presupuestos militares, aproximación a conflictos en los que se vean implicados algunos países miembros de la Alianza...) y menos todavía que se interprete que el resultado del referéndum transforme en una cosa buena algo que hasta ahora se consideraba detestable. Por otra parte, la consigna del rechazo de la OTAN no se ha abandonado, como se ha puesto de relieve en las primeras manifestaciones celebradas tras el referéndum, y ha sido tomada en ocasiones como una forma de recordar al Gobierno el comportamiento fraudulento que tuvo durante la campaña.

Existen, pues, motivos para creer que los objetivos del movimiento pueden seguir encontrando eco en amplios sectores de la población, sensibili-

zados ante los problemas del desarme, de la guerra y de la paz. Al movimiento por la paz le toca seguir registrando los estados de opinión sobre estos problemas. El movimiento, aunque reducido en su nivel organizativo, depende de la acogida que sus plataformas reivindicativas tengan en la sociedad. Y tendrá que prestar atención, asimismo, a factores que aunque no estén hoy presentes en la actualidad política pueden comenzar a operar como dinamizadores de la conciencia antibelicista en cualquier momento.

## La orientación antigubernamental del movimiento

El rechazo de la presencia del Estado español en la OTAN, la exigencia del desmantelamiento de las bases extranjeras, la denuncia de los gastos militares, la política antinuclear y no digamos ya los objetivos más específicamente antimilitaristas (el «no a la mili», la oposición a los campos de tiro...) conducen al movimiento a una confrontación con el Gobierno.

Un fenómeno semejante se repite en otros países europeos, a pesar de que en algunos de ellos la preocupación fundamental se limite a la disconformidad frente al despliegue de armas nucleares. La lucha pacifista tiene implicaciones políticas antigubernamentales. Los partidos socialdemócratas, *cuando están en la oposición,* pueden apropiarse de las plataformas reivindicativas de los movimientos, pero los gobiernos, cuyas políticas de defensa están determinadas por decisiones de la OTAN, encuentran dificultades insalvables para hacerlo.

Esta orientación de la política del movimiento en el Estado español tiene unas bases relativamente sólidas. Ha hecho estériles los intentos del PSOE de recuperar aunque sólo fuera una parte de él y volverlo a colocar en la situación en la que se encontraba en 1981, momento en el que este partido se pudo permitir el lujo de encabezar una gran manifestación anti-OTAN. El Movimiento por la Paz, el Desarme y la Libertad (MPDL) ha estado actuando como «caballo de Troya» dentro del movimiento y tratando de limar sus aristas más antigubernamentales. Sin embargo no ha alcanzado prácticamente ninguno de sus objetivos. Los impulsos más fuertes en esta dirección han ido dirigidos a configurar un cuadro de acción pacifista en el que ésta estaría desprovista de contenidos políticos concretos y donde el movimiento se limitaría a advertir a la población de las consecuencias catastróficas que podría acarrear un enfrentamiento entre las dos superpotencias y a promover, en consecuencia, un estado de opinión pública favorable al entendimiento entre la Unión Soviética y los Estados Unidos.

También ha habido intentos de utilizar el movimiento por la paz como plataforma para condenar la lucha radical en Euskadi. Y para encontrar una justificación ideológica a esta instrumentalización se ha echado mano de una noción de lucha por la paz —que tiene cierto predicamento en algunos sectores del movimiento—, según la cual se identifica «paz» con la ausencia de formas violentas de lucha.

No hay que perder de vista que la presión por reducir la lucha por la paz a un ideal abstracto va a continuar y hay que advertir, asimismo, de los perjuicios que en este sentido puede ocasionar la posición que el PCE y algún sector del movimiento defienden y que consiste en situar en el centro de atención de éste «el control y seguimiento» de lo que hace el Gobierno en relación con las promesas que figuraban en el preámbulo de la pregunta del referéndum.

La sustitución de una clara perspectiva anti-OTAN y sus correspondientes implicaciones tácticas por la demanda de que el Gobierno cumpla sus compromisos de no nuclearización, de reducir la presencia de las fuerzas norteamericanas y de mantener al Estado español fuera de la estructura militar integrada se intenta justificar: a) por la pretensión de que los esfuerzos fundamentales del movimiento vayan orientados en estos momentos a incidir en los sectores que votaron afirmativamente en el referéndum, y b) en la idea de que la insistencia en el «no» a la OTAN puede ser interpretada como un desafío a la legalidad institucional.

Quienes así razonan parecen olvidar que una amplia mayoría social se manifestó durante largo tiempo en favor de la neutralidad. Y, por otra parte, cabe decir que no deja de aparecer como ingenua e ilusa la ambición de situar como principal objetivo el llegar a los que votaron «sí» en el referéndum considerando, al parecer, que los siete millones de personas que se inclinaron por el «no» es ya terreno ganado para proseguir la lucha contra la política belicista del Gobierno del PSOE.

Estas ideas, además de las consecuencias que pueden tener en el sentido de moderar las exigencias del movimiento, de desvalorizar las consideraciones estratégicas en beneficio de tacticismos alicortos, hacen al movimiento mucho más vulnerable a los intentos gubernamentales de absorber sus objetivos.

# Diferentes conceptos del movimiento pacifista

El rumbo que tome en el futuro el movimiento va a depender también de la manera en la que se resuelvan las contradicciones entre las corrientes que han venido formando parte del movimiento. En éstas se mantienen diversas concepciones sobre el papel que debería jugar el movimiento pacifista. Podemos reducirlas a tres.

1. Una primera concepción corresponde a la corriente de la cual formamos parte y que, resumiendo, se concreta en las siguientes líneas:

- El movimiento ha de conservar la amplitud y heterogeneidad que ha poseído hasta ahora.

- El movimiento debe afirmar las perspectivas de la lucha por la neutralidad y del antimilitarismo, así como ampliar el horizonte de sus preocupaciones a los problemas internacionales, a las relaciones con los movimientos de liberación... pero sin forzar definiciones (por ejemplo, sobre la

violencia o sobre la naturaleza del Estado de la Unión Soviética) que puedan originar graves tensiones e incluso escisiones. La realización de la tarea de ir dotando al movimiento de una estrategia antiestatal y anticapitalista es sobre todo responsabilidad de las fuerzas revolucionarias que trabajamos en su interior. No cabe duda de que los avances en este sentido irán asociados en buena parte a las experiencias de lucha, a la afirmación de los contenidos antimilitaristas y de una concepción de la *lucha por la paz* que comprenda el combate contra las causas de las guerras y, como uno de sus objetivos finales, la erradicación de la violencia estructural.

• El movimiento no ha de rebajar los contenidos adquiridos en estos últimos años y ha de rechazar las operaciones mediante las cuales el Gobierno u otras instituciones tratan de neutralizarlo manipulando sus reivindicaciones.

• El movimiento tiene que afianzar su autonomía, reforzar su identidad y convertirse en el centro de las principales iniciativas de la lucha pacifista. No se puede estar presionando constantemente sobre el movimiento pacifista organizado para que éste ponga en cuestión sus plataformas reivindicativas con el argumento (carente de justificación, por otra parte, como lo ha demostrado la práctica) de que así ampliará la base social que lo apoya.

Tampoco debe renunciar el movimiento a jugar un papel destacado en las iniciativas y las convocatorias de movilizaciones que conciernen en especial a la lucha pacifista. A menudo los dirigentes de algunas fuerzas políticas y sindicales exigen al movimiento organizado que renuncie a ese papel porque ello —argumentan— reduce los apoyos políticos y sociales del movimiento.

Más lógico sería que estas fuerzas políticas y sindicatos no se colocaran en una situación de exterioridad al movimiento, y se preocuparan por incorporar a él cuadros y esfuerzos militantes. Mantenerse fuera de los colectivos del movimiento no lleva más que a preocuparse de las consignas del movimiento en el momento de las movilizaciones —y muchas veces para intentar rebajarlas— y despreocuparse durante el resto del tiempo de sus objetivos de lucha.

• El movimiento debe mantener la coordinación estatal del mismo e impulsar campañas generales y reforzar al mismo tiempo el carácter nacional de los diversos movimientos y sus respectivas estructuras organizativas.

• Los principales esfuerzos de los y las activistas organizados han de ir dirigidos a la consolidación del sector organizado del mismo, por más que se considere que el movimiento es mucho más que eso.

• Los colectivos pacifistas han de enriquecer su actividad. Durante la pasada campaña del referéndum han estado dedicando casi plenos esfuerzos a la movilización y a la tarea de la denuncia de la OTAN y no se han podido destinar esfuerzos a otras necesidades como la formación de acti-

vistas conocedores de las cuestiones militares e internacionales o a dotar a los colectivos de un trabajo más estable.

Y en esta línea es necesaria una mayor reflexión sobre qué hacer para que la estructura organizativa del movimiento alcance mayor extensión y solidez. No hay que menospreciar las dificultades que tiene este trabajo, una de las cuales está en el peculiar carácter de los compromisos que la gente adquiere en la lucha por la paz: los lazos son muy flexibles y frecuentemente se reducen a la participación en las movilizaciones impulsadas por el movimiento organizado. Sin embargo, parece posible —y en esto hay experiencias positivas en los movimientos pacifistas de otros países— avanzar mucho más en el terreno organizativo; por ejemplo, en la formación de expertos en los temas relacionados con la lucha por la paz, en el establecimiento de una red de información alternativa (boletines, acceso a datos confidenciales de Defensa y de la OTAN, mayor conocimiento de los enclaves y de los planes militares), en la transmisión de experiencias sobre los programas de trabajo de los colectivos, necesidades todas ellas bastante urgentes en estos momentos.

2. La concepción del PCE reúne las siguientes características:

- Revela un escaso interés por la creación o el mantenimiento de colectivos pacifistas. En general se coloca fuera de las estructuras propias del movimiento y dedica muy pocos cuadros a este trabajo.

- Muestra una nula atención al trabajo por la creación de una cultura antimilitarista y antibelicista. Sólo se interesa por aquellas reivindicaciones del movimiento que gozan, de entrada, de un amplísimo apoyo de masas y desaprueba las consignas antimilitaristas por considerarlas cosa de minorías. En un principio, por ésta y otras razones (el apoyo a la doctrina del equilibrio entre los bloques y al mantenimiento del statu quo, y el temor a suscitar la animadversión de los FF.AA.) llegó a oponerse a la lucha contra las bases norteamericanas y contra los gastos militares.

Al mismo tiempo, reduce la lucha contra la OTAN a la denuncia del incumplimiento de los compromisos que el Gobierno adquirió en el referéndum. En general, muestra más empeño en explotar las contradicciones entre la palabra y las obras del Gobierno que en combatir su política atlantista. Y sobre todo trata de que pasen a primer plano de la atención del movimiento aquellas iniciativas que tengan una proyección institucional y que refuercen su posición en el Parlamento.

- En realidad, está tomando cada vez más fuerza en el PCE la concepción del movimiento como una plataforma de ampliación de su base electoral. Con ese criterio, no es de interés desarrollar un movimiento que resultaría poco dócil y que en los momentos electorales no reclamaría los votos para ese partido. En consecuencia hay una tendencia cada vez más acentuada a presentar a Izquierda Unida, en la práctica, como un movimiento de movimientos. En línea con esta idea está la configuración de un cuadro de la lucha por la paz en el que IU (o una plataforma con otro nombre muy vinculada a IU) aparecería como el movimiento amplio y mode-

rado (en el que se entiende que el PCE tiene un peso fundamental) y la CEOP como un movimiento pacifista más restringido y al mismo tiempo área de influencia del MC y de la LCR. La presión constante sobre la CEOP para que renuncie a ser la referencia fundamental de las iniciativas de la lucha por la paz y el interés de que IU ocupe un lugar semejante a la CEOP en las convocatorias de las movilizaciones son expresiones de esta política.

3. Una tercera posición, con perfiles menos definidos, sostenida por algunos militantes del movimiento, cuyos rasgos más destacados y contradictorios frente al tipo de movimiento que hemos descrito en el primer punto son:

• Una posición muy crítica frente a la actual configuración organizativa de la CEOP. Consideran que ésta ha servido para que la LCR y el MC «impongan» su política mediante métodos poco democráticos. A menudo, han mostrado su desaprobación de los organismos coordinadores porque la correlación de fuerzas que se establece en ellos no obedece a la influencia que tienen estas fuerzas en los colectivos de base. No cabe duda de que esta percepción está inducida por el escaso conocimiento que tienen sobre la situación del conjunto de los sectores organizados del movimiento.

Frente a las «tendencias centralizadoras» proponen una descentralización de los colectivos del movimiento y una disminución de las tareas de coordinación. En la práctica, la acentuación de esta tendencia puede favorecer una dinámica de atomización del movimiento, que facilitaría la «absorción» institucional del mismo, debido a la debilidad de los colectivos de base. En todo caso, subestiman el papel jugado por las coordinadoras y las campañas generales en el reforzamiento de la identidad del movimiento, como agente activo y referencia fundamental en la lucha pacifista.

Por otra parte, hacen patente su aversión hacia la creación de «líderes», preocupación ésta que contrasta con la importancia que otorgan a la posibilidad de que el movimiento pudiera contar con algún parlamentario y, asimismo, no expresan las mismas reticencias ante el ascendiente que pueden alcanzar algunas personas por su calidad de expertos en cuestiones de armamento, política de defensa, etc.

• Muestran un permanente recelo hacia aquellas actividades y objetivos de lucha que no permitan llegar al movimiento a la *mayoría de la población.* Este precepto que al parecer debe presidir toda acción por la paz les lleva incluso a desconsiderar los éxitos que logró el movimiento a través de las enormes movilizaciones de la pasada campaña del referéndum, por entender que sólo movían a las personas ya convencidas por la deplorable política atlantista del Gobierno.

La concepción sobre la finalidad del movimiento oscila (dentro de esta corriente a la que estamos aludiendo) entre la idea de un movimiento difuso, débilmente estructurado, cuyo objetivo fundamental es el de promover un estado de opinión pública favorable a la lucha por la paz, y la de un movimiento que sirva de base para una futura fuerza política alternati-

va (lo cual exigiría una mayor estructuración del mismo pero que se tendría que dar fuera de los cauces actuales).

• Preconizan un pacifismo «abierto» a las diversas motivaciones ideológicas o políticas que llevan a las personas a incorporarse a la lucha por la paz y, sin embargo, presionan para que el movimiento se defina sobre cuestiones como la legitimidad de las diferentes formas de lucha, paso que daría lugar probablemente a una escisión del movimiento.

• Mantienen, por último, un escepticismo acusado hacia el papel «de los partidos» en el movimiento. No hay en este sentido preocupación por examinar las relaciones que establecen estos partidos con el movimiento y tomar diferentes actitudes —en correspondencia con sus políticas— frente a cada uno de ellos.

¿Podrá seguir integrando el movimiento estas corrientes? Hay dificultades para lograrlo. El movimiento debería seguir proponiendo unos objetivos *centrales* de lucha que puedan ser aceptados por quienes hasta ahora han venido trabajando dentro de él o en sus aledaños. Sin embargo, existen como hemos visto diferentes concepciones del movimiento, intereses contradictorios con los del propio movimiento (por ejemplo, en el caso del PCE, entre la necesidad de conseguir un rendimiento a corto plazo para favorecer su recuperación, y la necesidad de dedicar militantes, cuadros y esfuerzos a la afirmación de un movimiento autónomo), que pueden hacer difícil la convivencia entre las corrientes descritas. A ello hay que añadir un problema adicional: la tensión unitaria va a ser bastante menor que en la pasada campaña del referéndum.

En cualquier caso parece conveniente optar por el reforzamiento y la ampliación del sector organizado del movimiento y por la afirmación del mismo como *centro* de las iniciativas de la actividad pacifista antes que por la búsqueda de un «apoyo *político* más amplio» en las próximas campañas. Hay que evitar que el movimiento esté permanentemente sometido a los vaivenes de las condiciones que impongan los aliados políticos coyunturales y descuide, en consecuencia, el trabajo en la dirección mencionada. No hay que perder de vista, por otra parte, que las «exigencias» de los presumibles aliados políticos en las proximidades de las confrontaciones electorales están encaminadas a sacar un beneficio propio en detrimento del movimiento.

Y, al mismo tiempo, habrá que prepararse para atravesar momentos difíciles. Será muy difícil que el movimiento alcance los éxitos de convocatoria de los últimos años. El eco que encontrarán sus actividades en los medios de comunicación será menor que antes. El apoyo de los sectores de intelectuales y profesionales se logrará con mayores dificultades. Estos se interesan a menudo por las luchas que tienen un carácter antigubernamental cuando se encuentran en presencia de un movimiento con gran capacidad de arrastre popular y no en otras circunstancias.

No será extraño que en estas condiciones surja la tentación de buscar a cualquier precio mediaciones institucionales o de fuerzas políticas instaladas en el sistema con la creencia de que ello servirá para mantener los

amplios apoyos que hasta ahora ha tenido la lucha del movimiento pacifista. Asimismo, una situación de relativo reflujo puede actuar de caldo de cultivo de ideas favorables a condicionar prioridades y contenidos del movimiento por la paz a la consecución de alianzas políticas coyunturales, considerando éstas como «último recurso» para impedir su declive.

Del examen realizado en la primera parte del documento se puede deducir que existen y existirán condiciones para justificar la dedicación de esfuerzos al movimiento, y esas condiciones pueden mejorar según las coyunturas políticas. Que el movimiento sepa aprovechar esas coyunturas dependerá de la fortaleza y de la capacidad de iniciativa que demuestre en esos momentos su sector organizado.

# Algunas reflexiones sobre nuestra experiencia de trabajo en el movimiento por la paz

Hace seis años vislumbramos que la lucha contra la OTAN y las bases norteamericanas podía contar con el apoyo de amplios sectores de la población. Estábamos asistiendo al nacimiento de un nuevo movimiento social. Las primeras plataformas de convocatoria de las movilizaciones tuvieron un carácter de agrupación de fuerzas políticas y organizaciones ciudadanas. Poco a poco fueron desarrollándose organizaciones específicas consagradas a esta lucha, que tomaron en la mayor parte de los sitios el nombre de comités anti-OTAN.

Este desarrollo organizativo no siguió una progresión regular; sufrió altibajos. Experimentó un impulso inicial a lo largo de 1981, pero una vez que el Parlamento decidió la entrada del Estado español en la OTAN, surgieron algunas dudas sobre la continuación de la línea ascendente del movimiento. En algunos casos se consideró que el auge del movimiento durante 1981 se debía exclusivamente a las expectativas que había sobre la posibilidad de evitar el ingreso del Estado español en la OTAN y que, en todo caso, la presencia de determinados enclaves norteamericanos en algunos lugares podía seguir alimentando el movimiento en ellos. Se desestimaron otros factores (expuestos en la primera parte), que estaban actuando sobre sectores amplios de la población como generadores de simpatías hacia el movimiento pacifista.

En 1983 los objetivos de lucha de los comités anti-OTAN seguían mostrando una gran capacidad para incorporar a la acción política a gente no organizada (sectores sin otra experiencia anterior de actividad política, sectores que habían abandonado ésta tras la desmoralización sufrida por lo acontecido durante la «reforma»...). Esto mostraba la necesidad de extender los organismos propios del movimiento, e impulsar la creación de coordinadoras de todo tipo de colectivos del movimiento en el camino de una mayor estructuración del mismo. A esta tarea dedicamos especiales esfuerzos algunas de las organizaciones políticas que habíamos participado en la fundación de los comités anti-OTAN.

El Partido había ido destinando un número creciente de cuadros y militantes a este intento. Comprendimos que para realizar un buen trabajo en este nuevo terreno que se estaba abriendo, había que lograr que algunos militantes fueran reconocidos como cuadros por el propio movimiento.

El crecimiento tan rápido que experimentó el movimiento por la paz y el éxito que desde un principio tuvieron sus convocatorias favorecieron un clima en el que afloraron algunas especulaciones sobre su trascendencia a las que tuvimos que hacer frente.

Para algunas personas vinculadas al movimiento, su éxito era una expresión más de la actualidad de los «nuevos movimientos», y una razón más para considerar que era ya hora de enterrar a los «partidos» de izquierda, en general.

Se afirmaba, asimismo, que el movimiento por la paz, debido a la repercusión de sus objetivos, tenía que convertirse en *el* movimiento que absorbiera los otros movimientos sociales o que, al menos, se situara en una posición de privilegio ante ellos.

Por otra parte, el movimiento por la paz europeo, merced a la vitalidad y capacidad integradora que demostró poseer desde un principio, llamó poderosamente la atención de los pacifistas del Estado español: era el ejemplo a seguir.

Fuimos detectando estos problemas. La reflexión que estábamos haciendo entonces sobre los «nuevos movimientos» y el análisis concreto de las causas que explicaban el auge del movimiento pacifista, nos ayudaron a llevar a cabo una valoración realista y ponderada del mismo.

Asimismo, seguimos, desde un principio, desde muy cerca la evolución del movimiento pacifista europeo. Se establecieron contactos internacionales con diferentes grupos, asistimos a sus convenciones y analizamos su producción teórica. Todo ello contribuyó a desacralizar la imagen que aquí se tenía sobre esos movimientos, a aprender de las experiencias positivas y, al mismo tiempo, a apreciar las virtudes que frente a estos movimientos veíamos en el que se estaba desarrollando en el Estado español.

Desde los primeros momentos también abordamos el debate sobre la concepción del movimiento que estábamos construyendo. La identificación entre lucha por la paz y no-violencia tenía partidarios influyentes. Hay que tener en cuenta que entre las corrientes que precedieron a la formación del movimiento pacifista como amplio movimiento popular (a partir de 1981) se encontraban los grupos de objetores de conciencia y otros grupos favorables a la estrategia de la no-violencia. En este terreno nos mostramos partidarios de un movimiento en el que tuvieran cabida diversas posiciones, partidarias de la violencia revolucionaria y de la no-violencia.

Más tarde surgieron en el movimiento nuevas discusiones a propósito de la campaña del referéndum. Entendimos que el debate estaba en si el movimiento debía limitarse a ser el aglutinante de fuerzas políticas o sindicales, condicionando sus contenidos al logro de esta alianza, y limitando

sus reivindicaciones, primero a la petición de un referéndum y, después, a la exigencia de la salida de la OTAN, o si el movimiento debía tener como uno de sus objetivos fundamentales su reforzamiento como movimiento autónomo, sin que ello excluyera el empujar al mayor número de fuerzas políticas y sindicales a incorporarse a las movilizaciones que él impulsaba.

A la par que amplios sectores del movimiento optamos por esta segunda vía. En lo que respecta al programa, apoyamos la posición de que el movimiento por la paz mantuviera en su amplitud la plataforma reivindicativa que había adoptado en sus primeros años —la exigencia del referéndum y de la salida de la OTAN, el rechazo de las bases norteamericanas, las preocupaciones antimilitaristas...— pues entendíamos que tal plataforma no tenía un efecto restrictivo sobre el movimiento, es decir, no lo hacía más minoritario, sino que, por el contrario, tenía un efecto integrador.

En general, no se han escatimado esfuerzos a la hora de abordar los problemas teóricos que tanto en el terreno del conocimiento de las materias relacionadas con la lucha por la paz (militarismo, carrera armamentista, relaciones internacionales...) como en el de la táctica y estrategia se le han presentado al movimiento. Sin embargo, no avanzamos lo necesario en la formación de personas conocedoras de los temas militares debido, por una parte, a la situación que hemos atravesado en los dos últimos años en la que ha sido imprescindible dedicar la mayor parte de los esfuerzos a la actividad de movilización y, por otra, a no haber habilitado medios específicos para cubrir esa deficiencia.

Otra de las dificultades surgió en el terreno de la formación de líderes: la relativa especialización de algunas problemáticas relacionadas con la lucha por la paz favorecía el desplazamiento del liderazgo hacia personas expertas en estos temas, algunas de ellas poco radicales. Pero la importancia que adquirió la actividad del movimiento contribuyó a que aparecieran como líderes quienes organizaban las movilizaciones.

Por último, es de interés señalar, que la relación de colaboración e integración Partido-movimiento por la paz se hizo de tal manera que la conciencia de las y los militantes de lo decisivo que resultaba el Partido para que se desarrollara el movimiento salió reforzada, a pesar de que la desproporción entre el enorme potencial movilizador del movimiento y la «pequeñez» de las fuerzas políticas que estábamos trabajando en él, creaba las condiciones para que surgieran concepciones que relegaran la importancia del Partido o subestimaran el papel que éste estaba jugando.




**N.º 56**

- CONVOCATORIA DEL V CONGRESO FEDERAL
- REGLAMENTO PARA LA FASE PREPARATORIA DEL V CONGRESO FEDERAL
- CONTRA EL ESTADO
- EL MC Y LA IZQUIERDA SOCIAL
- PROYECTO DE RESOLUCION SOBRE LA SOLIDARIDAD CON EL MOVIMIENTO POPULAR RADICAL VASCO

---

**N.º 57**

- SOBRE EL MOVIMIENTO FEMINISTA
- ACERCA DEL MOVIMIENTO SINDICAL
- SOBRE EL MOVIMIENTO PACIFISTA

---

**N.º 58**

- NOTAS SOBRE LAS RELACIONES CON LA LCR